

BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL

9

ELDA (Alicante)

Biblioteca

dahellos



ELDA

20



ELDA * MARZO 1951 * *

N.º 9

LA PROCESION DEL SILENCIO



BLANCA de luz la fachada de la iglesia, asoma a la noche triste. Frías de acero, en su nido, las campanas callan; y en la esfera del reloj prosiguen implacables las negras saetas, robando el tiempo.

Rompe el silencio de las calles dormidas rumor de pasos apresurados, y van surgiendo sombras por las esquinas, quedando inmóviles bajo los soportales.

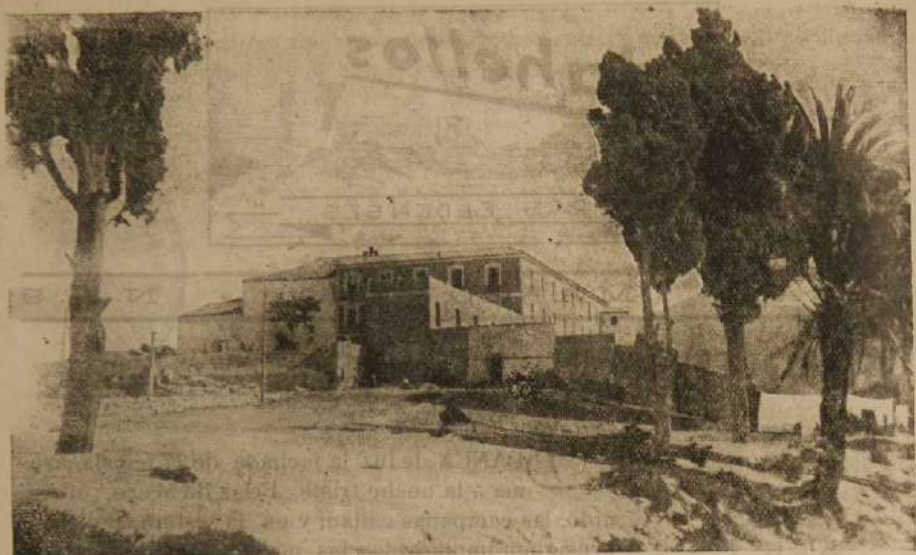
Los nazarenos retrasados llegan punteando el compás de su prisa con el extremo de sus velones, y al pasar dejan brisa de terciopelos, crujir de charoles, aletear de sedas.

Un brote de siseos, de voces quedas, surge con las filas de penitentes que atraviesan el umbral del templo. El Cristo extiende sus brazos en cruz, en un gesto de sobrehumano sacrificio, y con la mirada pide a Dios perdón para los pecadores.

Corre un réquero de oscuridad por el trayecto de la procesión; las inquietas llamas de los cirios lucen tímidas, asustadas por las tinieblas; los puntiagudos capirotos simulan en la pared un desfile de sombras fantasmales, y el tambor marca en la lejanía, con un sonido opaco, un eco sobrecogedor.

Como la noche, queda triste el alma al paso del Crucificado. La procesión se aleja... Algo quiere estallar en sollozos dentro de nuestro corazón.

CAROLA GONZÁLEZ



AQUEL VIEJO CONVENTO...

por ALBERTO NAVARRO

HACE algunos meses, sentado en la ampliación de la Plaza de Castelar, sentí una extraña sensación al dirigir la vista hacia la sinuosa línea del Monastil que se esfumaba al fondo. Era una sensación incomprensible, como un rechazo instintivo del paisaje al faltarle alguna de sus características. Tuve que retirar la vista, molesto ya al no encontrar el motivo de mi extrañeza. Pero más tarde, ya en casa y sin el paisaje delante, lo comprendí al confrontar el fotograbado que en mi memoria estaba estereotipado con la nueva impresión recibida del mismo. Allí faltaba el alto y majestuoso pino del Mimicomio. Una impresión de tristeza me embargó; otro vestigio del pasado que ha desaparecido. La vieja Elda quiere remozarse a toda costa y se arranca todo lo que le recuerda su edad. Ya nada queda en la ciudad que tenga esa dorada pátina que es la impronta del tiempo en su tardo paso. La vieja Iglesia, las ermitas, el cementerio, el hospital, el Ayuntamiento, el convento franciscano... todo ha desaparecido. De todo queda como único vestigio unas fotografías imprecisas o ni siquiera ésto. Y ésto trae a mi memoria la silueta del viejo convento, destacada sobre los tejados eldenses y mirada siempre con algo de medrosidad en los días infantiles.

Su mole de color pizarra quedó silenciosa y solitaria en los primeros años de la liberación. Todos los enfermos fueron trasladados a Alicante, a un moder-

no edificio. Y sobre nuestro viejo convento cayeron mil paletadas del barro de la calumnia y se forjó una leyenda negra sobre las escenas que reflejaron sus paredes. Esta ola de inmundicia se disolvió finalmente y nuevamente quedó sólo.

Alguna tarde visitamos sus cuartos vacíos, ya con el techo hundido y los tabiques desmoronados. En un hoyo, al parecer un pozo cegado, hallamos un San Francisco de piedra, muy estropeado y sin cabeza ni pies. Silenciosamente lo pusimos de pie, apoyado en una de las paredes que antaño protegiera y salimos de allí. Después se formó un proyecto de establecer allí un bloque de viviendas protegidas, y esperando están su edificación los escombros dispersos.

Creo conveniente, como un epitafio a la memoria del convento desaparecido trazar brevemente su historia y diversos usos que el tiempo le ha impuesto. Para ello he de recurrir, a falta de los propios libros del convento, de ignorado paradero, al manuscrito, tantas veces citado por mí, de D. Lamberto Amat, en el cual se copian los párrafos siguientes de la Historia de la orden de Ntra. Sra. de los Angeles:

«No bien se había dado fin a la fundación del convento de Cucentina, cuando D. Juan Pérez Calvillo de Coloma, a quien el Rey Felipe II acababa de crear Conde de Elda, juntamente con su esposa D.^a Isabel de Sáa, presentaron la misma súplica al Provincial. A su vista les envió dos religiosos, llamado el uno Fray Sebastián Alemany y el otro Fray Rafael Escobar, ambos varones de virtud y letras, los cuales el día 24 de Agosto de 1563 tomaron posesión de una Ermita con el título de S. Sebastian, erigida sobre un montecillo cercano a la villa, que era cabalmente el sitio que pareció a los ilustres Condes más a propósito para la fundación. Arreglado todo lo necesario, delineado el terreno, ábrese zanjias y, junto ya un numeroso concurso, sentó el Conde la primera piedra y la segunda su ilustre esposa, poniendo sobre ella una preciosa joya de diamantes. Cuando estuvo ya del todo concluido y en disposición de ser habitado, se le dió el título de Ntra. Sra. de los Angeles...»

Los Condes mandaron incluso que sus herederos estuviesen obligados a cuidar del sustento y vestido de catorce religiosos.

Durante cerca de tres siglos desempeñó el convento sus piadosas funciones. Pero las nuevas corrientes sociales e ideológicas que saltaban los Pirineos fomentaron cuanto había de destruir su placidez. Las palabras «desamortización» y «exclaustración» que ahora, a nosotros, nos parecen vacías de sentido, debieron caer en el seráfico rebaño como manada de lobos hambrientos. No fué muy ajeno nuestro Sempere y Guarinos a este resultado, ya que en su «Biblioteca Económico-Política» (Madrid, 1801) ya se sientan las bases que más tarde cristalizarían en Ley. En 1835 tuvieron que marcharse los religiosos de su convento, ya propiedad del estado, dispersándose por otros puntos donde el ejercicio de su ministerio les llamaba. Castelar, eldense de corazón, nos pinta, pocos años después de la exclaustración, un cuadro melancólico del aspecto que presentaba el convento vacío. Castelar evoca el valle donde pasó su infancia al contrastarlo con el magnífico valle de Asís, con su monasterio franciscano fundado por «il Poverello» y resume sus reflexiones con estas palabras: «Para mí, en Asís está la poesía de la inteligencia, y en Elda la poesía del corazón». Después escribe:

«En mi infancia, cuando nos acercábamos al dos de Agosto..., celebrábamos una ceremonia religiosa, una peregrinación mística, una especie de jubileo que nunca olvidaré. El convento de nuestro valle estaba a la sazón desierto. La revolución había expulsado a los frailes. Los fuertes seculares cipreses en el pórtico se perdían y secaban. Las flores de su antes cultivado jardín se sustituían por legumbres o heno. Las tablas de sus ventanas, medio caídas, meneábanse tristemente a impulsos del viento. Las piedras de sus paredes y muros, medio sacadas de quicio, amenazaban una completa ruina. Algunas veces, asomábamos los ojos por varias rendijas hechas en la puerta, y a la escasa luz de solitaria lámpara, conservada por la piedad del oscuro guardián, veíamos algunos reflejos del dorado que se descascarillaba en las columnas, alguna sombra de los abandonados santos parecida a sobrenaturales fantasmas. Solamente en el dos de Agosto las puertas se abrían, los pavimentos se regaban, componíanse los altares como para una fiesta, las velas brillaban sobre el ara, tras las flores; y en la capilla mayor, una tosca, pero mística escultura en madera que representaba a San Francisco recibiendo de Cristo, aparecido en los aires, los estigmas de las cinco llagas, juntaba en el templo a los creyentes, despertaba la fe y la esperanza...»

El edificio permaneció sin uso alguno hasta 1864 y durante este tiempo encargóse de su cuidado el Padre Tomás Satorres que lo hizo con tanto celo y amor que cuando se estableció en dicho año el Hospital Civil de Distrito no hubo necesidad de hacer más que algunas habilitaciones convenientes al nuevo uso.

¡Hermosa debía ser la vista que ofrecía el antiguo convento! Por estar situado sobre una elevada colina, dominaba todos los puntos del valle, y desde sus ventanales y azotea se gozaba de una visión incomparable. Pocos años sirvió de Hospital, porque poco después, en fecha que no hemos conseguido fijar, fué designado Manicomio Provincial, siguiendo así hasta su extinción en los primeros años de la liberación.

Para completar esta reseña incluiré algunos números y detalles del edificio. La fachada, con la de la Iglesia unida a él, medía 43 m. por 55 de fondo. La iglesia constaba de dos bonitas naves, una de ellas costada por un solo devoto, D. Antonio Ganga, tío de «el Seráfico». La iglesia contenía algunas imágenes y pinturas de mérito, entre las que destacan el lienzo de Ntra. Sra. de los Angeles y las puertas del órgano, en las que figuraban el Rey Profeta y Sta. Cecilia con sus arpas, cada uno pintado en una hoja. Constaba el convento de tres pisos con ventanales a los cuatro puntos, que proporcionaban abundante luz y ventilación. Suavizaba la severidad del grisáceo frontis una bonita plaza, bien cuidada y elevada también sobre el terreno, hasta la que se llegaba por amplia y sencilla escalinata. En esta plaza, de 43 m. de ancho por 30 de fondo, se elevaban profusión de cipreses y acacias entre plantaciones de corta altura que le daban agradable aspecto. En la base de la plazuela, dando paso a su escalinata, se extendía un ensanche como de 30 a 40 áreas, en el que también se elevaban cipreses, acacias, olivos y algunos altos y copudos pinos, el último de los cuales hemos visto morir en estos días.

Otro capítulo más que se cierra, como tantos otros en nuestra historia. Otro paisaje centenario que se ve privado de sus principales caracteres. Y un recuerdo más en la mente de los que nos duele la modernización absorbente y destructora de nuestra ciudad.

* * *



CIZALLA MAS O MENOS LITERARIA Y FILOSOFICA

por ALBRICIAS

Cuando tanto han progresado y se han extendido los seguros de toda índole, es cuando la Humanidad está más insegura.

Hay gentes que se tienen por dinámicas porque dan más vueltas que una polea loca.

Sólamente al poeta le está permitido hacer mangas y capirotos del lenguaje.

La Matemática es el alma de la Física.

Tal vez, en otra vida, nos fuera útil la experiencia lograda en este mundo, cuando ya la vida se nos acaba.

Sí, dad un consejo, cuando no podáis dar algo más eficaz.

De todas las vanidades, las más vanas son las pompas fúnebres.

El uno era tan avaro que escribía sin haches, y el otro tan manirroto que prodigaba las comas.

Por ser su cuerpo tan hermoso, perdió el alma; y así era un mármol de Fídias, muy bello, sí, pero sin espíritu.

Al ser humano le sobra tanto cerebro como corazón le falta.

Todo espíritu superior sufre un ansia infinita de imposibles.

El beso más sublime es el que se dan dos almas enamoradas a través de una mirada.

En la vida de sociedad, cuidar el escaparate tiene más importancia que en la actividad comercial.

Las coronas de flores artificiales que se alquilan para los entierros van cargadas de recuerdos anónimos y olvidados.

La flor anuncia la belleza de la fecundidad.

El escritor no está formado hasta que no se desprende de toda preocupación gramatical y retórica y va derecho al grano.

El haber llegado un poco antes o un poco después es el defecto general de todo amor.

El sabio siempre está dispuesto a aprender.



POEMAS DE

Francisco Mollá Montesinos

Mito

Para la niña
Raquel Madrona,
carifosamente

La niña miró a la Luna
rielar en el mar sonante,
y ambicionó aquel diamante
para su cabeza bruna.

Y al inundarse en la ola,
que glauca y sonora hervía,
se llenó de pedrería
su cutis de caracola.

La niña palmoteaba
aljófares en la onda;
su cabellera —ya blonda—
de misterios se llenaba.

—¡Ah, quién pudiera —decía—
hasta el cielo azul llegar,
o en la arenita del mar
coger a la luna mía!

Se oía la catarata
sempiterna de los mares,
y los lejanos pinares

eran dulzores de plata...

Entonces, vió entre la espuma
que coronaba el coloso
nadar un ser misterioso
y grácil como una pluma.

Quedó la niña admirada
ante tal aparición...

—¿Será —se dice— un tritón
o una nereida encantada?

De no saberlo, se apura...

De pronto rizóse el mar.
Empieza el ser a cantar,
y ella exclama: «¿Es la sirena!
¿Es la Sirena!» Y se clava,
al conjuro de su canto,
extática en el encanto...
¡Está del hechizo esclava!

La Sirena canta, canta...
Durmióse el mar de repente,
y la niña dulcemente
por un rayo se levanta...

Por un rayito de luna
va ascendiendo hacia la nube...
Ingrávida sube, sube
la niña en la noche bruna.

¿Dónde fué la niña bella
en alas de la Armonía?
La buscaron noche y día...
¡Nunca más se supo de ella!

EXCURSION

I

La brisa matinal besó mi frente
al salir del poblado; y en la brisa
había efluvio y pluma y verso y risa
y aliento divinal delicuescente.

Florece el almendro. Por oriente
la luz se columpiaba en la cornisa
de la Silla del Cid. Llamando a misa
tañía una campana tiernamente.

Ascendí a lo más alto. El horizonte
en brazos de la bruma se dormía...
Los valles eran juegos de arrebol.

Un misterio flotaba por el monte...
La gracia sideral se derretía
en cascadas olímpicas de sol



I I

La distancia —cristal— se tornasola
en la testa del orto iridiscente;
en el viento se oculta una vehemente
acústica sutil de caracola.

El alma se satura —ola tras ola—
del alma del paisaje. Hay un ambiente
para morir de azul, pero se siente
que el flémito del tiempo se interpola...

Descendemos al llano. Nos invade
—en crescendo cromático del plano—
la sombra de la vida abierta en cruz..

Cual lágrima radiante de saudade,
asciende Psique con fervor arcano
del fondo del dolor hacia la Luz.



Duende del Monastil

LOS MOROS ESTAN QUE TRINAN

EN cuanto recibí mi nombramiento de corresponsal en la guerra moro-cristiana, unido a seis reales para gastos de desplazamiento, manutención, cine y «mesclao», me puse en campaña volando. Mi consigna era averiguar la razón que había impulsado a los moros a lanzar el guante al rostro cristiano y cuales eran las fuerzas y planes de ambos bandos para inclinar la pugna a su favor.

Convenientemente disfrazado, busqué los reductos donde se refugian los hijos de Mahoma, y solamente pude hallar dos: la guarida tenebrosa de los Piratas y el sancta-sanctorum de los Realistas. Las otras tribus deben tener sus cubiles tan ocultos que ni con el auxilio de mis fuerzas fantasmales he logrado encontrarlas. Pero para mi crónica me bastará con lo oído en ambos cuchitriles, y por ello puedo afirmar que los desastres que se avecinan, la sangre que correrá por las calles eldenses, la pólvora que envenenará sus aires, los incontables barriles de vino que parecerán, víctimas inocentes de la guerra... todas esas calamidades serán culpa de Alvaro Carpena.

Porque es lo que decía un Marroquí, barbudo él, algo «pipado» él:

—¿Qué le hemos hecho nosotros a Carpena? Los moros vivimos tranquilos (lo «tranquilo» que vive quien tiene cuatro mujeres) sin meternos con nadie. No les rebanamos el gaznate a los «rumis», (por lo menos por ahora) no nos hinhamos de vino como pellejos, no devoramos carne de cerdo apestoso como hacen ellos. ¿Porqué nos ofenden poniendo en la Calle Nueva, (en «cá» Alfonso por más señas) un morazo alizándose un trago de tinto en un porrón? Nos han puesto verdes y nos han herido de forma tal, que la sangre de todos los cristianos no será bastante para lavar la ofrenda.

Y poco más o menos ésta es la puñalada clavada en el corazón moruno, puñalada que amenaza volverse contra Carpena y sus secuaces. Porque los pre-patalivos que he visto son de «aúpu». Los musulmanes forman corros, se muestran corras cimitarras, se desempolvan arcubuces, se traman y maquinan operaciones de exterminio. Quien quiere adornar su casa con unas cabezas de Cristianos artísticamente colocadas; quien se contenta con tapizar su dormitorio con pellejos de Navarros; quienes consultan manuales de cocina para ver qué tal resultarán los hígados de zingaro a la borgoñona, y así todos. Pude observar que entre las armas acumuladas había algunas especiales y nunca anteriormente empleadas. Así vi cómo acumulaban programas de fiestas para usarlos como mazas rompecráneos; cómo amontonaban libros de texto para arrojarlos entre las filas estudiantiles, a modo de bombas lacrimógenas, seguros de que, apenas caigan los primeros, no quedará un Estudiante para contarlos; grandes imanes se agrupaban con objeto de atraer el hierro de las cadenas de los Navarros y dejarlos allí pegados, a merced de sus enemigos; algunos burros

viejos para entrar en tratos eternos con los gitano-Zingaros dos días antes de la fiesta y seguir la discusión durante dos semanas; piezas de tela inglesa (made in Tarrasa) sacadas de Gibraltar como cebo para los contrabandistas; en fin, las más refinadas invenciones de los sabios del Islam, se apilaban para ser desencadenadas contra los incautos cristianos ofensores.

En el cubil pirata entablé conversación con un viejo bucanero, provisto de todos los emblemas del buen pirata, como son el parche en el ojo, la pata de palo y el garfio de hierro. Me confesó lo siguiente:

— Cuando oigo a los jóvenes piratas entonar a coro las mágicas estrofas de «Okal, okal, tú eres un remedio superior...» me conmuevo y lloro de emoción. Porque ¡hay que ver el entusiasmo guerrero, el ardor juvenil, el fervor y el denuedo que ponen en esos inspirados y allisonantes versos! Parece que al mascar sus estrofas están mascando libias, tráqueas, esófagos y pituitarias de los cochambrosos cristianos.

Me miró astutamente y me espetó: — Oye, tú no serás ese malvado y chismoso Duende del Monastil, ¿verdad? Porque si así fuera no saldrías vivo de aquí. Tenemos orden de capturarlo vivo o muerto por espía y correveidile.

Yo aseguré formalmente y juré sobre el «Manual del perfecto y hediondo pirata» que no era el tal Duende; y ya tranquilizado, el bucanero prosiguió:

— Estamos construyendo galeones para dar la batida a los antros cristianos; cañonearlos y apresar a sus «capis». De esta manera les cogeremos desprevenidos y tendrán que ponerse el dogal del esclavo al cuello y hacer zapatos todo el año para nosotros.

— Pero, ¿cómo quieren hacer una acción terrestre a base de galeones?

— Y desde cuándo has visto tú que los barcos de Elda naveguen?... Nosotros somos piratas de tierra desde que nacimos, y nuestros barcos son de tierra también. Alguno conozco yo que de acercarse a «La Playa» se marea por la proximidad al mar.

— Mucho más se mareará si se acerca a la «Copa de Plata» —dije yo.

— ¡Calla, que no te oigan! El duende puede estar escuchando. Ese es otro plan maquiavélico que nos hemos sacado de la cabeza con alicates. Hemos sobornado a todos los bares y tascas elders para que envenenen a los cristianos dándoles las mejores bebidas «especialidad de la casa» que tengan. Con eso te aseguro que no queda uno vivo.

Los moros han tenido gran alegría con las noticias que circularon de una deserción de los Contrabandistas, más dispuestos a torrear carabineros que a liarse a trabucazos con las feas caladuras de los negrazos que acandillan el Gran Jefe Oclarío y su simpático monito. Pero parece, amigo lector, que en el seno Contrabandista han sido ejecutados los agentes del enemigo que incitaban a la huida sin combate, y que la bandera tricolor, la brillante enseña verde, blanca y roja, portada por graciosa abanderada, ondeará en los aires elderses y arrastrará a los contrabandistas, dispuestos a reverdecen sus insuperados laureles de los primeros años. Porque una comparsa que tan alto ha sabido poner su pabellón y ha sido la máxima atracción, la nota brillante de las fiestas realizadas, no puede ni debe morir. ¡Animo, contrabandistas, y que se chinchen los moros! No les deis un día de fiesta a los de Petrel!

Metempsicosis

por JUAN MADRONA

VERDU era un entusiasta del culto a la tradición, a las viejas costumbres pueblerinas, a los venerables ritos familiares, que guardan el aroma secular de otros tiempos.

Amaba a Elda, a su pueblo. Amaba el embrujo de su barrio morisco, atarugado de sombras. Le gustaba contemplar, casi en éxtasis, las viejas ruinas de nuestro castillo; y era para él un deleite inapreciable la lectura de viejas historias, en las que buscaba siempre un atisbo, una insinuación de lo que acaso pudo ser su pueblo, su Elda entrañable, en los tiempos remotos.

Infaliblemente se le veía en todas las fiestas de sabor tradicional. Era el primero en correr bajo la traca, durante las fiestas patronales, con su viejo paraguas abierto a la lluvia loca del fuego. Poseoso de una milenaria herencia de culto a la llama, no se perdía ninguna de las hogueras populares: la de San Antón, la de San Pascual, la de San Juan, la de San Jaime... Gustaba también del estruendo ronco de las matracas en Semana Santa y del alborozo de las charamilas que hacen bailar a los gigantes en la fiesta del Corpus. ¿Para qué decir que en los días de monas era el primero en echarse al campo, jubiloso, rejuvenecido, como si todo el efluvio de la nueva primavera brotara de su propio pecho?

Aquella tarde, martes de Pascua, había ido con los amigos a «La tía Gervasia». Allí al lado estaba Bolón, la vieja montaña pesada de recuerdos, de maravillosas evocaciones. Se acordó de que una vez, en su infancia, había entrado con otros muchachos en una caverna que hay en el monte y que en ella habían encontrado algunas armas de tiempos antiquísimos. Y sin poder resistir a la atracción rotunda de la montaña, se alejó del abigarrado enjambre humano, que pululaba por aquellos contornos; buscó una linterna en una casa amiga, y, sólo, con la emoción de un iluminado, hizo la ascensión y se internó, enardecido de ansiedades, en la gruta sin fondo que hay en el interior de la vieja montaña.

Y fué en la madrugada del día siguiente cuando el silbido dilacerante de un tren, sacudiéndole con estólida impertinencia, le hizo volver al plano de la vida real. Con los sentidos abotargados por toda una noche de pesadillas atroces, trabajosamente pudo hallar la salida. Cuando llegó a su casa, estaba pálido, transfigurado de un gozoso terror.

—¿Quieres contarme lo que te sucedió en la cueva de Bolón?

—No se lo he contado a nadie. Se que se burlarían de mí. Pero tú me conoces y tal vez te parezca bello mi relato. Fué algo que te hará recordar lo que cuenta Cervantes de la famosa cueva de Montesinos.

• Acaso por la atmósfera enrarecida o por alguna caída que sufrí en el interior de la cueva, perdí el conocimiento; caí en un sopor muy profundo, du-

rante el cual extrañas visiones, cuadros maravillosos de un anacronismo delirante, me tuvieron absorto no sé cuánto tiempo. Primero vi que la montaña, la masa ingente de Bolón, se convertía en un enorme personaje con barbas larguissimas y amplias vestiduras hieráticas. En sus manos llevaba un gigantesco libro, cuyas hojas eran de piedra labrada. Lo abrió... Y al conjuro de eslegesto, como en la pantalla de un cine, fué desfilando ante mí, en maravillosa exhibición de colorido y de vida, toda la vieja historia de las tierras eldenses. Y yo me sentí casi protagonista de la increíble fantasmagoría; yo era uno de aquellos personajes que llenaban de calor humano el valle tibio de nuestra tierra.

«Primeramente me vi en la tosca y feroz edad de piedra, hace 15.000 años. Todo estaba cubierto de una vegetación lujuriante. Desde lo alto de El Cid hasta el surco del río — un verdadero río, con amplio caudal entre gigantescos helechos y lupidos cañaverales — no se veía un palmo de tierra pelada. Desnudos, con el cabello y la barba en su crecimiento natural, los escasos seres humanos que señoreábamos estos paisajes nos desenvolvíamos con agilidad de felinos entre una multitud de animales de raras especies... Sí; no te asombres. ¿No has visto los dientes de tiburón que yo he recogido algunas veces en las proximidades de El Chopo? Pues si hubo una época en que los tiburones se zambullían en la oquedad de nuestro paisaje, no te extraña que haya habido otra en que los bisontes y otras raras especies correteaban por entre la jungla de nuestras tierras entonces casi vírgenes.

«Nos refugiábamos en las cuevas que había en lo alto de las montañas, a ambos lados del río. Habrás oído contar que en la Peña del Trinitario... Sí; allí y en otras cuevas que había en la parte oriental de Bolón, y en otras en lo que ahora llamamos Santa Bárbara, y en todas las oquedades que ofrecían las montañas próximas al río.

«Una noche... Bueno, yo tenía una hija, que ya contaba quince veces diez lunas... Aquella noche de plenilunio nos habíamos reunido en lo más alto de Bolón todos los cavernícolas de las cercanías para celebrar nuestros ritos. Una hoguera enorme elevaba hasta el cielo su abundoso penacho de humo. A lo lejos otras hogueras como la nuestra agujereaban la noche apretada de religiosidad. Cuando la luna llegó a colocarse sobre nuestras cabezas, empezaron los ritos oblatorios. Mi hija era la víctima. El anciano jefe de la tribu, con los brazos extendidos hacia la testa angulosa de El Cid, hizo la ofrenda solemne, mientras todos nos postrábamos de cara a la montaña augusta, creyendo ver en ella la majestad imponente de la divinidad.

«Y tuvo lugar el sacrificio, tras el cual todos mojamos nuestro rostro en la sangre caliente de la víctima...

* * *

Verdú hizo una pausa en su alucinante relato, como para degustar mejor la extraña miel de aquellos recuerdos. Luego prosiguió:

«El contacto viscoso de la sangre me arrancó de mi pesadilla. Desperté. La luz de mi linterna se había extinguido. Tuve miedo. Era horrible la noche en las entrañas de Bolón. Quise salir de allí... Palpando las sombras, anduve unos pasos, y caí nuevamente desvanecido. Entonces me vi frente a unos hombres extraños, cubiertos con chillonas vestiduras rojas, azules, amarillas, y con la barba y cabellos muy rizados y lustrosos. Eran...» (Continuará)

VIAJEROS

por EDUARDO GRAS

—¿Y qué, Don Braulio? ¿Cómo fué esta mañana su paseo? ¿Qué nos va a contar hoy?

—Hoy tengo toda una aventura que relatarles. Ha pasado una mujer... ¡Qué mujer...!

—¡Hombre! Ese comienzo promete cosa buena. Cuente Vd. qué nos ha picado en nuestra curiosidad.

—Pues verán... Esta mañana...

Pero antes es preciso dar algunas explicaciones.

Don Braulio es farmacéutico en un pequeño pueblo, cuyo nombre no hace al caso. Es farmacéutico y sollero. O, más bien, sollerón, pues que ya no corre por sus venas la juventud.

¿Por qué se conserva célibe? ¿Acaso no ha sido nunca herido por las flechas de marras?

¡Ah! Nada más lejos de ello; precisamente es Don Braulio un sentimental de tomo y lomo, capaz de echarse a llorar ante un espectáculo conmovedor y propenso a dejarse arrebatar fácilmente por el fuego del amor. Y ésta debe ser la causa de su soledad; ¡duran en él tan poco sus raptos! O mejor dicho, ¡los sustituye tan rápidamente por otros nuevos...!

Vive, pues, solitario, en una casita junto a la Plaza Mayor. Así va, viendo pasar días y días, y aparecer con ellos nuevos cabellos blancos en sus sienes.

En estos lugares apartados del trajín de las ciudades la vida fluye suavemente, como un río en terreno llano, cerca ya del mar. El acontecimiento más insignificante tiene resonancias de suceso extraordinario, y sirve para dividir el camino siempre igual de los días, como hito señalador.

Don Braulio ocupa sus ocios como otros muchos de sus vecinos: lee unos libros, casi siempre los mismos, pues no es fácil poderlos renovar en el pueblo; acude todas las tardes a la tertulina del café. del único café que en el lugar hay; juega su partida; lee el periódico; habla de política, de la guerra...; en fin, el cuadro completo de la existencia pueblerina.

Pero Don Braulio tiene algo que le hace distinto y que le eleva sobre sus amigos: Don Braulio es un soñador, y necesita cada día un escape para su fantasía contenida. En el pueblo no sabría cómo conseguirlo. Así, todas las mañanas, cual si cumpliera un rito de extraña religión, toma el camino que lleva a la estación del ferrocarril, y espera allí la llegada del expreso, que trae un hálito de la vida de las ciudades lejanas.

Y ello basta a su anhelo. Llegado el tren, Don Braulio mira, observa, analiza los rostros aburridos, cansados o indiferentes de los viajeros, y raro es el día que no encuentra entre la multitud trashumante alguna fisonomía propicia a su imaginación novelesca. Luego, si está de humor, cuenta a sus contertulios lo que ha visto... o soñado, que él no distingue entre una y otra cosa.

Por eso, al anuncio de un nuevo relato de Don Braulio, sus amigos se disponen a escucharle con interés, aunque tal vez alguna, en su interior, siente

una irónica conmiseración por aquel iluso.

* * *

—Pues verán. Esta mañana —ha dicho Don Braulio— llegó el expreso puntual; lo pude comprobar en mi cronómetro. Hacia una hermosa mañana, y muchos de los viajeros se asomaban para gozar del espectáculo de nuestros campos. Uno de ellos llamó enseguida mi atención: era una mujer que miraba, abstraída y ausente, sin ver nada de lo que la rodeaba, según me pareció. Tenía un no sé qué extraño en su hermoso rostro, que denotaba una tristeza melancólica. Ya no vi nada más del tren; me quedé mirándola fijamente y comprendí que aquella mujer era lo que yo siempre había esperado...

Al llegar aquí, los oyentes se han mirado entre sí y unas sonrisillas se dibujan en sus bocas; ¡son tantas las veces que han oído a Don Braulio estas mismas palabras! Pero le dejan continuar sin interrumpirle:

—Era Ella, la compañera enviada por los Hados, que llegaba hasta mí en esta mañana magnífica. Tan extática era mi contemplación, que al fin ella tuvo que advertirla. Posó en mí sus divinos ojos y sonrió. Sí, me sonrió con una expresión indescriptible; y aquella sonrisa fué un baño de luz para mi alma. Correspondí a su sonrisa con otra, y en aquel momento...

—¿En aquel momento...?

—La campana primero, y el silbido de la locomotora después, anunciaron la partida del tren. Ella se iba, desaparecía nuevamente...

—Pero, ¿no hubo más que eso? ¿No cruzaron Vds. ni una palabra? ¿La dejó Vd. alejarse así, sin decirle nada, nada...?

—¿Y para qué? Las palabras sobran cuando las almas se hablan; y en aquel instante nuestras almas sostuvieron un inefable coloquio. Ella había venido a mí en el tren de la Casualidad, y el mismo tren se la llevaba otra vez hacia las lejanías del Imposible. ¿Para qué palabras? ¿Para qué desvirtuar con el sonido impuro de las voces el acorde perfecto de los espíritus? El tren se alejó veloz, y pronto se perdió a lo lejos... Y yo, tomando de nuevo el camino del pueblo, comprendí que había dicho adiós definitivamente a toda posible felicidad para mí en este mundo...

Pude hacer algo, claro, intentar hablarle, averiguar... Pero una fuerza fatal, interior, me lo impidió. Así debía estar decretado; y ¿quién era yo para oponerme a la Vida? ¿Lo comprenden Vds?

En realidad, ninguno de los oyentes lo ha comprendido. Historias quiméricas, complicaciones absurdas... todo eso está muy lejos del círculo de sus mentes. Ellos están hechos a afrontar los problemas del diario vivir y a resolverlos actuando, sin profundizar en sus ramificaciones espirituales, sin perderse en divagaciones inútiles. ¿Ha surgido esto, aquello, lo de más allá? Pues bien: se corta, se golpea, se arregla, se resuelve... y listo.

Don Braulio ha perdido el tiempo hablando a sus contertulios en un idioma que les es extraño.

Y mientras él queda entregado a sus visiones, la conversación ha vuelto de nuevo a sus cauces habituales: la política, las cosechas, la guerra...; estas cosas palpables y sólidas, que son las únicas que constituyen la vida. ¿Lo otro? ¡Quede allá para Don Braulio y otros chiflados de su estilo!

Don Braulio morirá siendo un infeliz. ¡Bienaventurados los soñadores...!

* * *



Las estaciones nos ofrecen con singular cortesía cuatro invariables visitas, y de ellas es la Primavera, presumida y hermosa, la mejor estación del año. Su encanto dulce y embriagador ahuyenta las últimas sacudidas del agonizante invierno, mientras que su templado aliento nos ofrece un melancólico bienestar. Las nubes, gruesas y oscuras, que hasta hace escasos días emborronaban con su presencia la nítida transparencia del cielo, se han declarado en franca retirada; y un sol todavía perezoso, cual si despertara de mágico sueño, vuelve a lucir sus claros resplandores.

Ha llegado por fin a la cita que el tiempo le reclama la bella y luciente Primavera, y todos sentimos, en nuestro cotidiano ambiente, la leve caricia de su presencia. El invierno, discolo y huraño, ha sucumbido al tibio contacto del calor

primaveral: hoy todo ríe bajo la suave caricia de un fluido sol. Las flores, temerosas aún de una escarcha, han abierto con júbilo sus vistosos pétalos, y vierten en el tímido viento la fragante delicia de su aroma. Y hasta los poetas, soñadores y locos, que hace tiempo ahogaron sus versos, ya dan al viento de nuevo los festivos ecos de sus odas.

Es el buen tiempo optimista y reconfortante el que ahora reina. Lástima que su breve transecurso se diluya tan pronto, atenazado por los cálidos tentáculos estivales. Mas hoy por hoy huyeron de nosotros los resfriados; con ellos se han marchado también —¡feliz viaje!— la inoportuna gripe y las fastidiosas tabletas de aspirina. Las mantas, los braseros, las estufas, todo lo que era particular patrimonio del invierno, ha desaparecido ya.

Mas todo pasa. Los tiernos brotes de la Primavera expirarán bajo la acción agobiante del calor. A éste lo extinguirá el otoño con su fulminante brusquedad... Después el invierno crudo y despiadado...

Y así continuaremos, estaciones y hombres, unidos a la rueda monótona del tiempo; engarzados, sin podernos soltar jamás, en el lento transcurso de la vida. Pero esta divina disciplina no evita nuestras preferencias, que, por su porte distinguido y gentil, las tiene, sin lugar a dudas, la hermosa y diáfana Primavera.

CINCO MIL LOSETAS



El viajero observador que a través de la ventanilla del tren contempla rápidamente los pueblos por que atraviesa, descubre en todos ellos algo que los configura, dándoles fisonomía propia. A uno, es el castillo, que lo vigila desde escarpada roca, amenazándole con sus ruinas. A otro, es el río, que lo abraza con desmesurado afán, acurrucando sus cascos y haciéndolas trepar por la ladera de la colina próxima. Al de más allá, es el grupo de palmeras, que lanzan al cielo el grito de fecundidad y cálido ambiente...

Pero todos tienen un punto común de referencia, que, al rememorarlos, los individualiza: la iglesia parroquial, que, al emerger por su volumen y por la altura del campanario sobre el resto del caserío, da a cada pueblo el sello especial que lo caracteriza.

Elda, para mí, viajero de la línea Alicante-Valencia, era la ciudad de las dos torres gemelas vestidas con traje desusado en los campanarios, cuyas mejores galas suelen ser los ocos y oros viejos, que la pátina del tiempo y el sol del oriente les prestan. Mas a mis ojos de observador y de cristiano las dos torres gemelas con su gris de cemento decían otras tantas verdades: que Elda había reconstruido la casa de Dios, y que todavía no estaba terminada. Lo que no quisieron decirme claramente, o yo no supe entender, fué que el afán que con tanta vehemencia me llevaba de Alicante a Valencia y de Valencia a Alicante iba a cristalizar en un nuevo campo de trabajo, y que ese campo de trabajo iba a ser precisamente ELDA.

Un día de Abril de 1950 pisaba por primera vez sus calles. Y mi primera visita de cumplido fué para el Señor que habita la mansión de las dos torres gemelas. Comprobé lo que mi observación me había sugerido: el templo no estaba terminado; faltaba la pavimentación, el estucado de muros, la decoración de altares... Pero al vislumbrar la lucecilla que me anunció la presencia del Dueño de la casa, dulce alegría invadió mi corazón. Ya tenía amigo y padre y consejero y médico en quien confiar y con quien charlar. Mi vida en Elda, aunque nadie me conociese, ya no sería un soliloquio; Dios me hacía compañía y me invitaba al diálogo.

De todas las entidades que modelan nuestra vida física y moral —parroquia, hogar, escuela, taller, fábrica, prensa, espectáculos y calle— sólo la Iglesia ha sido indefectiblemente guía infalible y guardiana insobornable de los derechos individuales y sociales. Por eso al ayudar a la erección de una iglesia, edificamos el reducto más inexpugnable de nuestra dignidad y de nuestras prerrogativas, al mismo tiempo que levantamos el ara propiciatoria que inclina a Dios a perdonar nuestras flaquezas y miserias.

Eldenses, al honrar a Dios, levantándole nueva casa, os habéis honrado a vosotros mismos de la mejor manera que os podáis honrar. Pero hace falta que coronéis vuestra obra. No escuchéis la voz de vuestras necesidades; escuchad la de vuestro catolicismo y la del amor a vuestra ciudad, y... ¡todos a una! a por las cinco mil losetas necesarias para la pavimentación de nuestro templo parroquial.



No vayas al Arenal

No vayas al arenal;
que tienes ya quince abriles
golosos como un panal.

Mira, niña, que está todo,
desde el tomillo hasta el pino
para que pierdas el tino,
incitándote a su modo.

Mira que allí, entre la arena
que han de hollar tus correteos,
ganando anuales trofeos,
hay oculta una sirena,
que trastorna los sentidos
de las muchachas en flor
con cefirillos de amor
y con perfume de nidos.

Mira que Marzo es muy loco,
que es loca la primavera,
y acaso por vez primera
te ruborices un poco.

Mira que esta tarde son
los mozos más atrevidos,
y han de rondar tus oídos
abejitas de ilusión.

Porque hoy estás muy graciosa
con esa bata ligera,
que es beso de primavera
sobre tu carne olorosa.

Mira que otras también fueron
niñas, como tú, a jugar,
y por la noche volvieron
desflecando este cantar:

«Al Arenal fui contigo...

¡Ay, mi amor,
que al Arenal fui contigo!...
La arenita fué testigo
de que me diste una flor
que me quema y la bendigo,
¡Ay, mi amor,
que ya sé lo que es rubor!»

No vayas al Arenal;
que tienes ya quince abriles
golosos como un panal.

—

¡Ah! ¿Vuelves del Arenal?
¿No tomaste mi consejo?
Pues vé y mírate al espejo,
que, si yo no veo mal,
algo llevas en la cara,
no sé qué luz misteriosa,
que me revela una cosa
que ayer nadie te notara:

que es tan vivo tu mirar,
y en tu boca hay tal temblor,
que pienso que ¡a lo mejor!
ya te aprendiste el cantar:

«Al Arenal fui contigo...

¡Ay, mi amor,
que ya sé lo que es rubor!»

¡Vámonos al «Santo Negro»!

Se desbordó —¡mar de gozo!—
la incitante primavera.

Se desbordó de colores,
de risas y de impacencias:
labios rojos, tarde impúber,
cielo en pañuelos de seda;
tropel de castos almendros
—arcángeles en sorpresa—
que rifan corazoncitos
verdes de niñas almendras.

¡Qué guapa que está la tarde
nimbada de adolescencia,
con su bata esmeraldina
—gama de verdes en fiesta—
y en su pecho, como un iris,
como una hirviente cenefa,
del castillo al «Santo Negro»
la juventud que se encrespa!
¡Cuánto percal jubiloso!
¡Cuánta alpargata romera!

¡Quién fuera aquel muchachote
de otros tiempos! ¡Quién tuviera
veinte abríles esta tarde,
para enlazarse a la rueda
—zodiaco de amores frescos—
con la rubia y la morena,
y prender fuego a las nubes
con la antorcha de mis venas!

Está encelado el paisaje;
revienta de ansias secretas;
traspasado de requiebros,
el horizonte se quiebra:

abajo, el río que ríe,
y arriba una molineta,
gira que gira, moliendo
risas que el viento le lleva.

De envidia el viejo castillo
se hace huraño. ¡Vaya reuma
que lo ata a la vieja roca,
mientras al viento flamea
—banderín de pagánias—
la juvenil tolvenera!

¡Vámonos al «Santo Negro»,
que está la tarde que encela!
Tiraré al río mis años;
daré vientos a mis piernas,
y contigo y con mi bota
por amables compañeras
llegaré al monte, y allí,
sentado en aquella piedra
que supo tu primer beso,
—¿recuerdas la tarde aquella?—
brindaré por tí, que fuiste
broche de mi primavera.

Y si los años me engañan
y los ojos se me enredan
en la maraña de hechizos
de rubias y de morenas,
¡ellas me traerán a rastras
por un camino de sedas!

¡Vámonos al «Santo Negro»;
que esta tarde en carne de égloga
más allá de la estación
está el corazón de Elda!



La leyenda del Arenal

por ALBERTO NAVARRO

He aquí, lectores, lo que me contó un amigo mío una tarde de Pascuas, frente a unas succulentas "monas" y "tollas", bastante bien acompañadas de otras sobras menudencias:

«**H**ABIAMOS juergueado mucho aquella tarde «monera» entre el bullicio del imponente gentío que moteaba de colorines el

Arenal. El exceso de libaciones de diversas especies me tenía algo abotargado. Me aparté de mis compañeros, y subí a la cumbre. Sentado allí, contemplé como el sol se iba poniendo tras la mole de Bolón, apenas dándome cuenta de que los cánticos juveniles se amortiguaban ni de que los Pegasos negros de la noche se me echaban encima. Entonces me dormí; pero al poco me desperté sobresallado, al oír una voz que gemía: — ¡Y no la encuentro!

Sigilosamente me dirigí hacia la parte en que sonaba la voz. Y vi a un hombre delgadísimo, casi reducido a la osamenta, vestido tan sólo con unos andrajos y el rostro semioculto por larga y enmarañada barba blanca. Aquel ser se conducía de un modo raro. Se agachaba en la arena y escarbaba durante un rato. De pronto se detenía, desalentado, y murmuraba: — «No; no está aquí». Cuando hubo hecho varios profundos hoyos en la arena dejó su extraña tarea y se sentó sollozando. Movido de compasión me acerqué al desconocido que al ruido de mis pasos se levantó y me miró. Yo, balbuceando, le dije: — «Perdone Vd...; sólo quería ayudarle...». El hombre de la barba contestó: — «Si tú supieras...» y no acabó la frase. Tras una pausa me dijo: — «Voy a contarte la más terrible historia que habrás oído. Escucha...»

«Hace muchos siglos, cuando las huestes cristianas hacían brotar a golpes de espada iglesias en las tierras morunas, hubo en este lugar una solitaria fortaleza gobernada por un Alcalde moro llamado Abdelaziz. Frecuentemente tenía que rechazar los ataques de los cristianos de Dahellos y Pétrola, organizados más por distraer sus ocios que por firme empeño de conquistar la aislada fortaleza. Abdelaziz tenía una esposa más bella que una luna, y aunque el Libro Santo le permitía tener más mujeres, era tanto lo que la amaba que nunca quiso compartir su cariño con ninguna otra. Pero la bella Farizada, la alcadesa, parecía consumirse en un fuego interno que la iba matando lentamente. Sus grandes ojos, negros y húmedos por la tristeza, se perdían en las azules lejanías esfumadas por la suave bruma.

Abdelaziz la miraba desolado y no acababa de comprender el porqué de aquella tristeza.

— ¿Qué le ocurre, bella Farizada? ¿Porqué tu mirada no brilla ni tus labios rien? ¿Sueñas acaso con las ardientes tierras en que naciste? ¿Añoras los

oasis deliciosos donde abriste tus ojos a la vida?

Farizada se esforzó en sonreír débilmente y musitó:

—Sí, generoso Abdelaziz, no puedo olvidarlos y me pongo triste añorando.

Varios días después, al levantarse la bella Farizada de su lecho y ponerse tras la celosía, como acostumbraba, tuvo una sorpresa grande. El pedregoso montecillo que existía frente a la fortaleza, y la llanura de su base, se presentaban convertidos en un minúsculo desierto de arena con algunas palmeras formando armoniosos grupos. Un campesino, que a lo lejos guiaba a su borrico cargado de leña, le daba más semejanza con los lugares del Islam, abrasados por el sol. Unos labios de fuego rozaron su cabellera y murmuraron a su oído:

—Este pedazo de nuestra tierra lo han traído los «efrits» para que tus ojos vuelvan a brillar alegres y alegren también los míos. ¿Eslás contenta, Farizada?

—Sí, Abdelaziz. Eres muy bueno.

Pero apenas había cruzado el umbral el alcaide, cuando ya la bella Farizada estaba presa de su melancolía. Miraba el horizonte, tras el cual, separado por un brazo de mar, estaba la morería. Pero su pensamiento no llegaba hasta allí; no alcanzaba a pasar de aquella villa que se asentaba al pie de una fortaleza soberbia, recién rendida a Don Alfonso de Castilla, el futuro Rey Sabio. A aquel punto perdido en lo irregular del paisaje iba su pensamiento, mientras se preguntaba:

—¿Vendrá hoy?

Aquella era la tristeza de la hechicera Farizada, la de los ojos ardientes.

Un gentil caballero había llegado una tarde a la fortaleza morisca con mensajes del infante Don Manuel, su señor. En la fría recepción, la alcaidesa lo rió y él a ella. Como salta la sangre de la herida, así brotó el amor entre ellos al cruzarse sus miradas. Y algunas noches en que la luna se ocullaba tras espesos nubarrones, el caballero llegaba hasta las celosías de encaje y tenían lugar amorosos coloquios.

Una esclava de Farizada vió una noche cómo la celosía se habría y una sombra penetraba en la habitación de la alcaidesa.

Pero la esclava, que deseaba ocupar el lugar de su señora en el corazón de Abdelaziz, le contó a éste la escena de la que había sido testigo. Abdelaziz, sereno, impassible, llamó a su esclavo predilecto y ordenó:

—Mesroud, llévate a esta perra sarnosa que ha osado manchar con su baba el nombre de su señora. Que no vuelva. —Luego murmuró para sí: —Pero yo sabré si dijo la verdad, y si así fuera...

Cuando el doncel cristiano vió cómo la escala por la que había descendido subía presa y se cerraba la celosía, volrió la espalda y se dirigió a buscar su caballo. Pero antes de que pudiera defenderse se sintió atenzado por un grupo de sombras humanas que lo arrastraron en la noche.

—¿Quieres dar un paseo por el Arenal, Farizada?

—Los deseos de mi señor son órdenes para su esclava.

Y el uno al lado del otro, silenciosos, llegaron al monte de arena. El Alcaide se detuvo ante un hoyo alargado, como una tumba, con un montón de arena al lado. Junto a él, por el diferente color de la arena, se adivinaba que acababan de cubrir otro hoyo igual.

Farizada tuvo un terrible presentimiento: —¿Qué es ésto, Abdelaziz? Parece una tumba...

—Sí. Anoche cogimos un perro rumi y lo enterramos vivo en esta fosa. Era muy hermoso y apuesto.

La pobre Farizada, sobrecogida por un extraño presentimiento, trágico, balbuceó: —¿Y esta otra fosa? ¿A quién aguarda?

—Eran dos los traidores, y el otro aún alienta— contestó Abdelaziz echando llamas por los ojos.

Al oír ésto cayó desmayada la bella alcaidesa.

Abdelaziz llamó a los soldados que esperaban a distancia y ordenó: —«Echadla al hoyo, musulmes».

La arena fué cubriendo lentamente el cuerpo de la sentenciada, su garganta, su boca... Sólo quedaron fuera sus negros ojos, que se clavaron en el Alcaide terriblemente fijos, en una mirada alucinante que nunca pudo olvidar Abdelaziz. —¡Echad arena!— rugió. Y la cabeza de Farizada desapareció.

Días después los caballeros de Dahellos asallaron la fortaleza y dieron muerte a cuantos resistieron. El feroz asesino escapó de la matanza y se ocultó en una caverna del monte. Pero desde que Farizada desapareció bujo la arena, el moro no podía olvidar la estremecedora mirada de sus ojos ogonizantes. Y su amor por ella, cumplida la venganza que exigiera su despecho, había renacido con más fuerza, haciéndole sufrir intensamente. Sus noches estaban llenas de visiones y pesadillas espantables que lo hacían despertar temblando, bañado en sudor frío, sudor de muerte. Y un día, volvió al Arenal a buscar el cuerpo de Farizada con la loca esperanza de que aún viviera bajo la arena. Desde entonces todas las noches la buscaba, excavando las arenas sin encontrar nunca el sitio exacto.

Una vez, —habían pasado muchos años y Abdelaziz continuaba vagando como un alma en pena— pasó la Exterminadora por allí. Pero la Muerte sintió horror del crimen de Abdelaziz y le dijo: —«Quédate ahí, moro maldito; no mereces que te dé el supremo bien del descanso. Así vivirás, buscando el cadáver de tu víctima hasta el fin de los tiempos».

Y el viejo de las barbas blancas terminó diciendo:

—Y así sigue Abdelaziz buscando entre la arena el cuerpo de su esposa, y así seguirá siempre. —Y levantándose presuroso, corrió hacia la base del montecillo y escarbó en la arena, febrilmente.

Yo me quedé dormido otra vez, pues mi cabeza daba vueltas. Cuando desperté el sol estaba bastante alto en el horizonte. Eché a andar entre la arena, llena de restos de las meriendas. Al ver los montones de arena removida que había desde la base hasta la cima, quedé parado, herido por súbita duda: ¿«Aquella arena había sido removida por los grupos «moneros» o por las manos sarmentosas de Abdelaziz, el que no podía morir»? ¿Había soñado o efectivamente hablé con el hombre a quien perdonó la muerte, el que buscaba un cadáver enterrado en la arena hacía varios siglos?»

No quise contar a nadie lo que me ocurrió aquella noche, pues se hubieran reído de mí. Puede que soñara; pero siempre que veo el Arenal, recuerdo al viejo moro buscando el cadáver de Farizada entre las sombras, y no puedo evitar que un escalofrío recorra mi cuerpo.

Barcelona, 1945

CRITICAS A DAHELLOS

DAHELLOS es muy criticado; lo confesamos con satisfacción. Es buena señal para una revista local, que quiere ser de todos los eldenses, por ser esto indicio seguro de que se lee atentamente y se comentan sus artículos.

No nos duele la crítica noble y leal, reveladora de caminos equivocados y brújula que nos guía hacia el Norte del corazón de los eldenses, nuestra meta. Despreciamos la crítica torpe y estéril, los ladridos de los perros del camino, las voces de los que, aferrándose a una errata de imprenta, piden se levanten horcas en la plaza, dispuestas a recibirnos.

Solamente una de las críticas nos hiere por su evidente injusticia. No hubiéramos aludido a ella si no se nos hubiera planteado reiteradamente por distintas personas. Nos dicen que DAHELLOS está cerrado a los aficionados a escribir; que no damos oportunidades ni admitimos a quienes empiezan, desalentándolos, y que sólo escriben en él unos cuantos, siempre los mismos.

Esta crítica, tercamente presentada y tenazmente defendida, nos da algo de la tristeza del que se convence de haber estado hablando para sordos durante largo tiempo. Porque en el número de Diciembre de 1949 escribimos: «Las páginas de DAHELLOS acogerán cualquier escrito referente a Elda o escrito por eldenses». Y en Marzo de 1950: «Nos llegan muchos escritos pretenciosos de publicidad, cosa que nos alienta y nos halaga». Y machaconamente repetimos en Junio del mismo año: «Pretendemos estimular posibles valores ignorados, animar la vida literaria de Elda, despertar aficiones aletargadas. Esta es nuestra finalidad y hacia ella tienden nuestros esfuerzos. Por eso, cada vez que nos llega un original de un nuevo colaborador espontáneo, nos llena de legítimo alborozo. Porque lo consideramos un poco como cosecha de nuestra siembra». En Enero de 1951 seguimos escribiendo: «Aunque no tan numerosos como nosotros quisiéramos, tenemos una larga serie de escritos con la pretensión de verse publicados en DAHELLOS». Llamadas a colaborar aportando datos, documentos, anécdotas y cualquier noticia interesante, se ven muchas en los trabajos de investigación de la historia local.

¿Significa esto encerrarnos, hacer de DAHELLOS un coto en el que no suenen más escopetazos que los nuestros? 40 nombres han firmado los trabajos aparecidos hasta ahora en los cuadernos. ¿Es esto escribir siempre los mismos? Es cierto que bastantes de los trabajos que se nos han enviado han quedado sin publicar. Pero, ¿qué le vamos a hacer? ¿Qué culpa tenemos nosotros de que se nos dirijan, con aspiraciones a la publicidad, algunas tonterías y no pocas cosas de carácter privado que ni siquiera tienen el corto mérito de una correcta redacción.

Nuestros lectores, los lectores inteligentes, tienen derecho a exigirnos un mínimo de interés en los escritos, lo que cabe en una publicación local; y muy gustosamente queremos complacerlos.

Las páginas de DAHELLOS están abiertas a todo el que tenga algo que decir y sepa decirlo. Solo rechazamos la bazofia pseudoliteraria y lo que solo puede interesar a su propio autor. Otra cosa sería defraudar a nuestros lectores y a nuestros propósitos.

VIDA LOCAL



SINDICATOS.—A principios de Marzo se constituyó en nuestra ciudad el Grupo Económico del Sindicato de la Piel. A este acto, y llegado exprofesamente, asistió el Vice-Secretario Nacional de Ordenación Social, camarada Lamata, a quien acompañaron los camaradas: Gandía, Delegado Provincial de Sindicatos; Aparisi, Vice-Secretario Provincial de Ordenación Económica; Manzaneque y Samper, Jefe y Secretario Provincial, respectivamente, del Sindicato de la

Piel. Asistieron de la localidad los camaradas: Esteve, Jefe local del Movimiento; Arráez, Delegado Comarcal de Sindicatos; Alcalde Presidente del Excmo Ayuntamiento, D. José Martínez González, y demás Jerarquías sindicales y del Movimiento, así como la totalidad de industriales afectos al Sindicato de la Piel. Con tal motivo se celebró un brillante acto en el que diversos camaradas hicieron uso de la palabra para explicar con toda amplitud la gran importancia de este grupo económico constituido, cuya finalidad es encauzar las muchas necesidades de la industria en la ordenación económica.

LA ALOCUCION DE S. S. PIO XII.—El domingo día 4 tuvo lugar una concentración de productores a fin de escuchar la alocución que S. S. el Papa dirigió a los obreros españoles. Antes de dicho acto, hicieron uso de la palabra el Delegado Comarcal de Sindicatos, camarada Arráez, un productor y un empresario. El teatro Castelar, donde tuvo lugar la concentración, se encontraba artísticamente engalanado y lleno por completo de productores y empresarios.

ACTIVIDADES DEL SEMINARIO DE FORMACION POLITICA.—Tres clases tuvo este Seminario durante el mes de Marzo, en las cuales fueron desarrolladas otras tantas lecciones de suma importancia por los camaradas Campos, Sedano y Arráez.

RELIGIOSAS.—Sobre todos los actos de la vida local destacó sobremedida el de la concesión de Ordenes Sagradas en nuestro templo parroquial, por el Excmo. y Redmo. Sr. Obispo de la Diócesis, en el que cuatro eldenses recibieron las siguientes: Rvdo. D. Miguel Conejero Pérez, de Presbítero; D. José M.^a Purreño, de Diácono; D. Ricardo Navarro Martínez, de Sub-diácono, y D. Antonio Riquelme Martínez, de Hostiariado y Acolitado. Al siguiente día, 11, el Rvdo. D. Miguel Conejero Pérez, cantó su primera Misa con toda solemnidad, siendo padrinos eclesiásticos el Ilmo. Redmo. Monseñor D. Joaquín Espinosa Cayuelas, Prelado doméstico de S. S. y Rector del Seminario Mayor de Orihuela, y el Lcdo. Rvdo. D. José M.^a Amat Martínez, Cura Párroco de nuestra ciudad, cantó las grandezas y excelencias del sacerdocio, ocupando la Cátedra del Espíritu Santo,

el M. I. Sr. D. Tomás Rocamora García, Canónigo de la S. I. Colegial de Alicante. El día 10 por la tarde, la Schola Cantorum del Seminario Diocesano, en unión de la Banda de Santa Cecilia, dió un magnífico concierto. Elda gravó en su corazón, con caracteres indelebles, estos hermosos días, durante los cuales vibró por completo de entusiasmo y emoción. DAHELLOS se une al agradecimiento de nuestro pueblo a nuestro amadisimo Prelado, por la distinción con que le honró y felicita al nuevo Sacerdote y demás ordenados.

Con el esplendor de costumbre se celebraron los actos de la Semana Santa eldense, sobresaliendo, de entre todas, las procesiones del Domingo de Ramos, la del Silencio y la del Santo Entierro, por la gran asistencia de fieles, la primera, y la devoción y religiosidad con que tuvieron lugar las demás.

ACTUACION DE STELLA CORVALAN.—Esta preclara poetisa chilena dió un recital de sus obras en el Casino Eldense, completamente llena su sala inferior de un selecto público, siendo calurosamente aplaudida y felicitada.

DE MOROS Y CRISTIANOS.—Por un involuntario error se omitió publicar el nombramiento de D. Miguel Camús López, como Secretario de la Junta Central de Comparsas.

DEPORTES.—Continúa la mala clasificación del Eldense, de cuyo penúltimo lugar, y con ello de la promoción, creemos que difícilmente escapará. Ha jugado en Marzo 4 partidos, de los cuales ganó 2, empató 1 y perdió 1. La mayor derrota encajada fué en Alicante, donde se perdió por 7 a 1, siendo meritoria la victoria sobre el Cieza por 5 a 2; pero el empate en casa con el Villena nunca debió producirse, pues ésto les restó muchas posibilidades de ascender algún puesto más. Le han marcado 17 goles en estos encuentros, habiendo conseguido su delantera solamente 7.

Se celebró un homenaje póstumo al que fué excelente defensa local Villagrà, contendiendo el actual Eldense y el que jugaba en la temporada en que el infortunado jugador vestía el jersey azul-grana. Con la recaudación se adquirió en propiedad el sitio donde actualmente se hallan sus restos.

Nuestro campeón provincial, el Pizarro, salió el día 30 para Teruel, donde habrá jugado, cuando este número aparezca, las eliminatorias finales del campeonato juvenil de España.

SOCIEDAD. PETICION DE MANO.—Por Dña. María del Carmen Ortega Tapia, Vd. de Juan Gutiérrez y para su hijo Jorge, fué pedida a los Sres. de Román (D. Enrique) la mano de su encantadora hija Remedios, fijándose la boda para la actual primavera. Entre los novios se cruzaron los regalos de rigor.

NATALICIO.—Dió a luz una preciosa niña la esposa de D. Manuel Maestre Hernández, nacida Conchita Porta Vera. Nuestras felicidades a tan dichosos padres.



Frente a la vidriera

Las tardes tienen, todas,
una hora interminable, rojo y malva,
cuando el alma se queda
pequeña, sola, blanca,
frente al yerto crepúsculo que enciende
su fuego en las ventanas...

Las cosas cobran vida en ese instante:
el libro que leíamos ha poco,
mudas ahora sus páginas;
el cuadro de colores desvaídos,
más grises todavía a la luz pálida
de la penumbra...; el viejo
sillón que nos acoge, fiel amigo,
entre sus brazos... Hablan
las cosas su infantil lenguaje manso...
Tienen entonces alma...

Hay un viejo reloj que late fuerte
en la vecina sala
con el pulso irreal del tiempo ido:
un instante, tras otro, pasan... pasan...

¿Adónde van?... Tras ellos
el alma, con las alas
de un enfermizo ensueño
huye muy lejos, hasta
sumirse en los postreros rayos rosa
de la tarde que acaba.

En el césped redondo de los cielos
empiezan a temblar flores de plata...

ARRIBADA TARDIA

*Puerta de Ibiza, bajo
el fanal deslustrado de la noche marina...
Reflejos escarlatas, blancos, verdes,
en el espejo negro de las aguas tranquilas...
Desde una torre, alla, entre tinieblas,
la esfera iluminada de un reloj que nos mira...
Se apoya el barco en el regazo muelle
de la piedra del muelle, vieja amiga...
Rodando bajan, de la altura al puerto,
dos campanadas frías...
Y por la pasarela
que hantendido en la noche unas manos dormidas,
desciende al muelle, envuelta en capa de bostezos,
una espectral teoria
de viajeros cansados, que se pierden al poco
en las calles en cuesta, forradas de neblinas...*



MARZO

*Este año —¡las pobres!— las pobres golondrinas
han dejado los sures intempestivamente,
engañado su instinto por el anticipado
florece blanquirrosa de un almendro impaciente...
¡Encendido entre cifras de almanaque lunáticos
el Invierno, acechando, reaguzaba su diente...!*

*Golondrina anhelante de un verano hipotético
también el alma teme equivocarse su vuelo,
dejar el Sur amable de un vivir siempre llano,
beber luz de horizontes... y llegar a su cielo
antes de que las manos del hada Primavera
hayan prendido flores en la flor de su anhelo...*

*¡Y tener que volver... por senderos de escarcha,
o dormirse... por siempre...entre holandas de hielo...!*

LA FIESTA DEL LIBRO

EL 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes, se celebra en los pueblos de España, sin resonancias callejeras, una fiesta popular, de la que el pueblo ni siquiera sabe que existe. Es la Fiesta del Libro. A mí me gustaría más llamarla, y que realmente lo fuera, Fiesta de los Amigos del Libro. Porque no es el libro en su materialidad insensible sino los que en los libros hallan veneros de gratas emociones los llamados a gozar ese día la exaltación del goce espiritual que significa un libro.

Nos parece muy superficial la forma en que esta fiesta se viene celebrando. El Ayuntamiento otorga unas pesetas para comprar libros infantiles, cuentos en su mayoría, y dudosamente educativos algunas veces; los reparte entre los niños sin pararse a pensar si el obsequio es bueno para la capacidad mental del obsequiado; unos señores, por lo general los maestros, espentan a la concurrencia infantil sin discursos que los chiquillos escuchan como el que oye llover; en las librerías se pone el inútil reclamo de un 10% de descuento... y nada más.

DAHELLOS, que considera como suya esta fiesta del espíritu, se duele de la inoperancia con que se viene celebrando. Nos gustaría una Fiesta del Libro rotunda de eficacia y entusiasmo.

¿Qué haríamos nosotros para dignificar esta hermosa fecha? Ateniéndonos al espíritu de la ley creadora de la Fiesta, daríamos a nuestros proyectos dos directrices: por una parte haríamos que los libros llegaran sin sacrificio pecuniario a quienes saben convertirlos en manantial de riqueza espiritual; y por otra parte estimularíamos cuantas actividades irradian del libro. Claro es que para todo esto habríamos de quitar a la Fiesta su carácter infantil y darle una modalidad más seria y reflexionada, más elaborada en un bien estudiado proyecto.

Por lo pronto, en este año 1951 nos habría gustado que el 23 de Abril hubiera sido la inauguración de la Biblioteca Pública Municipal, obra que DAHELLOS quiere sobre todo y que habrá de ser de máxima eficacia en el ambiente que con esta fiesta se quiere fomentar.

Muchas bellas iniciativas podrían desarrollarse bajo el espíritu de amor al libro. Por ejemplo: obsequiar con libros de lecturas estimulantes a los adultos redimidos del analfabetismo; competiciones literarias y científicas entre los estudiantes de la localidad; conferencias públicas sobre la virtualidad de la lectura; regalos de libros seleccionados, no a los niños, sino a los mayores en medios para adquirirlos; publicación y reparto gratuito cada año de un libro de un autor de la localidad, previamente elegido en un concurso con toda clase de garantías... Y otras muchas cosas que iría arbitrando el amor a la cultura. Se nos dirá: ¿y el dinero para todo eso?

Contestamos diciendo que si estas empresas no se logran, no es por falta de dinero, sino de voluntad. Cuando la voluntad es poderosa, el dinero surge como el agua de la varita mágica. ¡Para cuántas otras cosas más insustanciales no falta el dinero necesario!

Mientras tanto resignémonos con la Fiesta del Libro reservada estérilmente a los niños.



¡Viva la trampa!

Os contaré lo que ayer,
domingo, por la mañana,
pude escuchar tras la puerta
de mi vecina la Eufrasia.

Llama un hombre: —¡Tac, tac!
—¿Quién?
—Aquí el recibo del agua.
—Vuelva otro día.

Al instante
¡tac, tac! otra vez. —¿Quién llama?
—El recibo de la luz...
—Pues vuelva usted a la semana
que viene; no está mi esposo.
Otra vez se oye que llaman
a la puerta. —¿Quién..?

—La cuenta
que traigo de la farmacia.
—Pues, chico, vuelve otro día,
que no hay un céntimo en casa.

Detrás llegó el del Casino,
y el del fútbol, y la iguala
del médico, el de la música,
y el alquiler de la casa;
y a todos los despidieron
sin darles más que palabras.

Por fin cerraron la puerta,
zafándose de llamadas,
y ella y él, ambos a solas,
mantuvieron esta plática:
—¿Ayer, sábado, cobraste...?
—Mi sueldo de la semana;
doscientas veinte pesetas

que te di —Bueno, pues, anda,
cógete un lápiz y apunta.
Primero, cuatro butacas
del cine, veinte pesetas;
y otras cuatro entre semana,
son siete duros; el fútbol,
café y vermut, veintitantas.
Van trece duros. Ahora
dos duros de la comparsa,
mi peinadora, tabaco
para ti, y el rapabarbas,
y el limpiabotas... pon otros
ocho duros, que ya alcanzan...
—A veintiuno. —Y ahora añade
dos duros a la que lava
la ropa, un par de novelas,
carmín, tintacanas y agua
de colonia... nueve duros.
¿Cuánto va ya? —Si no falla,
van más de ciento cincuenta
pesetas. —¡Ah! Pues aguarda
que ponga un fraseo de esmalte
para las uñas, y... ¡nada!
que son doscientas pesetas
que, quieras o no, hacen falta
para estas cosas. Y quedan..
—Cuatro duros. —¡Virgen Santa!
¿Con cuatro duros hay que
comer toda la semana?
—¡Y hay que vestir...!
—¿Y esto es vida?
—Esto no es vivir, Eufrasia.
Ponte el abrigo y los guantes,
y vámonos a una tasca,
a tomar nuestro vermut
con sus gambas a la plancha.
¡Y el que no cobre, que rabie!
—¡Andando! ¡Viva la trampa!

EL DUENDE DEL MONASTIL



ROMANCE DE LA ORDENACION

A. D. José M.^a Amat, Cura.

En la mañana del 10 de Marzo, fueron ordenados siete nuevos sacerdotes en la Iglesia de Sta. Ana, de Elda.

*Calle arriba va el Obispo
dentro de su capa malva,
rosario de bendiciones
en sus manos sin palabras.*

*Cachorros del Seminario
—fiesta de luz en las caras—
y en medio los ordenandos
—júbilo de sayas blancas—*

*¡Ay, Obispo, si supieras
qué emoción en mis entrañas
pone el gesto de tu mano,
signo de la paz romana!*

I I I

*Abre sus puertas la iglesia
con gozo de bienhallada.
(Las torres se han vuelto locas
con locura de campanas.)*

*El templo rompe su tenue
claridad de amortajada,
cuando en el centro el Obispo,
con su mitra almidonada,*

*concede a los ordenados
poder, facultad y habla.
La suave voz del silencio
estalla en fuertes «Hosannas».*

*¡Ay, vosotros, sacerdotes
ordenados en Santa Ana,
cuando con el pueblo humilde
fui a besaros las palmas!*

I

*La noche negra impaciente
se vuelca sobre mi plaza,
plaza de la Iglesia, abierta,
corazón de cien ventanas.*

*El viento ahoga en las torres
sus pasiones trasnochadas
y las campanas sonando
llenan de bronce las almas.*

*En su carro de la aurora
tiembla inquieta la mañana.
Una vieja —la primera—
llega a la misa del alba.*

*¡Ay, noche, tienes nostalgias
de alguien que vele sus armas,
como un nuevo Don Quijote
loco de empresas sagradas!*

I I

*En mi calle de banderas
—calle Nueva alborozada—
montan la guardia centurias
de arcángeles con espadas.*

PALABRA

*Bajo este cielo con cruces,
el signo rivo de mi palabra.*

*Para vosotros, los que no sabréis ser
nunca en la vida un poco locos...*

*Para vosotros, los que hacéis polvo
en los caminos sin levantar la vista...*

*Para vosotros que no habéis sentido
el peso de una maldición de lacre
sobre vuestros destinos, para vosotros...*

*En medio del trigal pacífico
estoy de espantapájaros grotesco.*

*En medio de las gotas de la lluvia
está mi cara que se moja y grita en vano.*

*En medio del sarao pretencioso
estoy de sombra que invita a la desgana.*

Miradme.

Aquí está mi carnet de soñador.

*Y desde el vacío de vuestros cráneos
me llega el eco asombrado
que produce a su llegada mi palabra.*



LEJOS

Amanecías en mí...

Como amanece la Primavera en la aldea.

Con silencios y con flores.

Tú amanecías en mí.

¡Dejádme! No quiero reír

(Estabas amaneciendo en mí)

No quiero llorar. ¡Callad!

Recuerdo. Recuerdo. Eras un amanecer.

*Tu nombre: una insinuación apenas,
entre un mundo de estrellas moribundas.*

Estampas eldenses

EL sol resbala por las hojas de las palmeras; ríe en los cristales. Una docena de escandalosas golondrinas celebran consejo a lo largo de un alambre antes de lanzarse al espacio. Algo hay en la primavera mañana que hace cantar a los pianos; y la canción brinca a la calle a través de las abiertas ventanas.

La calle les devuelve los pregones que se van sucediendo, mezclados con el nervioso zig-zag que trazan en el sonido los timbres de las bicicletas.

Aspero, brusco, compenetrado con el chirriar de las ruedas del carro polvoriento, el pregón del arenero cae en la mañana como una piedra lanzada violentamente a tranquilo remanso: «¡Trapero, pellejero! ¡Arena, arenica y tierra blanca!»

La nota doliente que acompañaba a la voz del ciego vendedor ha desaparecido; hoy tiene un fondo de seguridad y tentación: «¡Los veinte, los treinta iguales! ¡Para esta noche el sorteo! ¿Quién me compra un numerito? El golpe suave del bastón parece que va buscando a través de las piedras el camino de la luz.

Sobre la mesa del vendedor de caramelos, la cruz giratoria destella blancura; pero más blanca está la pulpa dulce y correosa de los peludos cocos, añorantes, bajo este cielo azul, del ardiente reflejo de otros cielos: «¡Hay caramelos! ¡Al rico coco de la Habana!»

Van subiendo de tono las sílabas impregnadas de un melancólico dejo, que encierran el anuncio del estañador: «¡Y... al estañador! ¡Se arreglan lebrillos viejos y peroles de porcelanaaa!»

Por la esquina de la calle turbada de rumores, aparece el melcochero (mielero) tirando calmoso del ronzal de su mulo, enredándosele en las palabras el acento de la tierra madre: «¡Arroooope... y el buen arroooope! ¡Mielero... mielll...!»

Y al silbante conjuro de las sirenas brota un tropel de gente presurosa que sale de las fábricas y se esparce por toda Elda. El ritmo febril de la urbe laboriosa apaga la cansina salmodia de los viejos pregones con el plurívago ambular de los obreros presurosos.

Semblanzas locales

por E. CHINCHILLA AMAT

AL temperamento creador y nervioso de los eldenses se adapta como anillo al dedo toda clase de festejos en que tomen parte activa las masas populares, y decir masas populares en Elda es reunir en un gran conglomerado a casi todos sus habitantes.

Buen ejemplo de ello lo tenemos en las tradicionales Pascuas, en que el pueblo, en un abigarrado contacto, se lanza a la conquista del campo, colocando su jovial pabellón durante cuatro días consecutivos.

En ellos la tradición eldense, revestida con sus mejores galas montaraces, se dispone a un alegre triscar por montes y laderas en un delicioso cocktail de gozosas travesuras. Durante esos días, Cupido dispara flechas por doquier, prendiendo unas, rozando otras y perdiéndose las más. Nuevos idilios es el resultado de estos días y nuevas desavenencias que deparan el sabor de la reconciliación unas veces, y otras son como caminos que se bifurcan en dos para siempre.

Pero donde el alma eldense vibra inspiradora y creadora es en esa fantasía que aunque rememora hechos históricos, tiene algo de mito y de leyenda: nos referimos a sus incomparables fiestas de Moros y Cristianos. El esfuerzo de un puñado de eldenses de corazón se ha visto coronado por la más grata realidad: un magnífico desfile de bellezas de la tierra, un bullicioso pulular de gentes divididas en dos bandos, el Cristiano y el Moro, una maravillosa caravana donde, al abrir marcha los potentes sonidos de los clarines heráldicos, van sucediéndose en brillante desfile la majestad serena de las bellas, la prestancia varonil de los guerreros, la inocencia de las rodelas, las señoriales carrozas dando empaque real al desfile. Una fiesta que el que la presencia se regocija en expansión gratuita y el protagonista cree que concurre a un certamen donde se premie su gallardía y el espontáneo humor de su persona.

Dentro de los moldes en que los cientos se fraguaron, la variedad es cosa que da nueva pincelada al ya policromado cuadro. Y aunque esto representa más que un quebradero de cabeza, la flotilla de comparsas, que navega por el océano de la fiesta, logra que cada año tengan un sabor nuevo las escenas, y que el forastero que las contemple se deje la tarjeta, para que, cuando nuevamente se celebren, le toquen a la puerta y emprenda el viaje para disfrutar de nuevo la «gesta».

Algunos, simpáticamente ganados, tan entusiasmados se muestran de nuestra alegría callejera que, valiéndose de amigos que son algo en la fiesta, sientan plaza de oficiales. Y luego, ya de regreso a sus lares con gran acopio de fotos en que se muestra su humanidad, las muestran con saludable orgullo de saberse por unos días partícipe de la «contienda». Entre tanto la ciudad de Elda, muy ufana, busca novísimos horizontes a la fiesta que por su arte, por sus bellezas, por sus paladines de mentón rasurado o barba ficticia espesa, parecen tener algo de mito o de leyenda.



DEL PAISAJE ELDENSE

II - AMANECER

HAY un gozoso presagio infantil en la ternura conmovida de la mañana abrilena. Llegan en la brisa la frescura virginal de los brotes vegetales recién surgidos bajo la misericordia fecunda de la noche levantina. Un frémito de nubes riberas, recién florecidas, palpita en la mañana de cristal.

¡Anunciación de adolescencias!

Desde este trono virgiliano que es el regazo aromado de La Torreta, junto a la dantesca puerta del túnel, el paisaje se nos ofrece tembloroso, fugitivo, como sorprendido en su encantadora desnudez mañanera. Almendros, olivos, manzanos, en ingenuos corrillos candorosos, absorben a brazadas la litúrgica emoción de los cielos en fiesta de cotidiana epifanía. La tierra, húmeda, se estremece en un amplio rito de ofertorio. Pajes de los campos en gozo, unos pinos amables, —sus verdes dalmáticas al vientecillo auroral— se adelantan hacia nosotros.

Están nacarados y frescos, rezumantes de la última luna, los vacilantes senderos que damasquinan los campos y festonean los cabezos próximos. En el aire, pleno de un sortilegio druidico, hay una rotunda eclosión de primaveras. El Cid se yergue, olímpico, a lo lejos, para contener la radiosa expansión de la grácil amanecida eldense. Todo el valle es un cáliz de oro sobre el que cae, en cósmica catarata de gracia, la paternal bendición de Dios. Arriba, en el cenit, en la comba litúrgica de un cielo de raso, parece que va a estallar un tropel de campanas pascuales.

¡Anunciación de adolescencias!

Y alrededor del valle, envueltos en el asombro azul tierno de las lejanías, los farallones de las montañas acogedoras juegan al corro, sensibles al encanto de la hora lustral.

No se ve, se adivina, el río quejumbroso, bordoneando con su cansina corriente de lírica dulzura del epitalamio que palpita en la brisa sonora.

Celosa de su tesoro, Elda se esconde tras los viejos cabezos vigilantes, destacando sólo, como periscopios desvelados, los ruinosos muros de su castillo y las torres gemelas de su iglesia, que se proyectan, garbosas, sobre el fondo soberbio de Bateig.

Silba el tren. Y su silbo fresco y exaltado, al salir de la breve noche del túnel, evoca el gozo de Moisés al contemplar la tierra que Dios le prometiera.

Unas muchachas madrugadoras, encarnación de la mañana, van a cruzar ahora el túnel. En sus labios frescos ríe la albada eldense. Indudablemente van a llevar mensajes de beatitud a las tierras que hay al otro lado de la montaña, donde —adustez de las tierras de Castilla— no saben de los maravillosos esplendores de nuestro edenal amanecer.

JUAN MADRONA

IMP. BERENGUER.-NOVELDA